



UNIVERSIDAD
Finis Terrae

UNIVERSIDAD FINIS TERRAE
FACULTAD DE ARTE
ESCUELA DE ARTES ISUALES

OCULTO BAJO LAS HOJAS

VICENTE ANÍBAL RODRÍGUEZ CORTEZ

Memoria presentada a la Escuela de Artes Visuales de la Universidad Finis Terrae para optar
al grado de Licenciado en Artes Visuales, Mención Pintura.

Profesor Guía Taller de Grado: Víctor Manuel Pavez Miranda
Profesor Guía Preparación de Tesis: Ximena Moreno Maira

Santiago, Chile

2018

DEDICATORIA Y AGRADECIMIENTOS

Para mi familia que siempre me espera entre los cerros, por mantenerme caliente en el frío invierno en que nací, por su apoyo incondicional, por ser el nido donde descansar después de cada agotadora semana, gracias por nunca dejarme bajar los brazos, por limpiar mis heridas y por tantas cosas más.

Gracias a mis maestros y ayudantes que en las diversas áreas me enseñaron a hablar, y a mi tía que siempre me recibió con los brazos abiertos en su hogar en el valle.

Gracias al Cajón del Maipo y su misterio, gracias al viento por compartir un poco de su fuerza conmigo, gracias a los caballos, al fuego, al río, a las personas que siempre han creído en mí y a las que le dan sentido a cada lucha.

Todo lo que soy ahora es por ustedes

ÍNDICE

1.- Introduccion	pàg.4
2.- Desarrollo	
Capítulo 1:	
1.1.- Viento	pág. 6
1.2 Cachorro	pág. 11
1.3 Espiritu en celo	pág. 13
Capítulo 2:	
2.1 Hablando del diablo	pág. 15
2.2 Libre de trampas y maleficios	pág. 18
Capítulo 3	
3.1 Forastero	pág. 21
3.2 Oculto bajo las hojas	pág. 23
3.- Conclusión	pág. 26
4.- Bibliografía	pág. 28

INTRODUCCIÓN

Este texto, es el resultado del esfuerzo por sumergirse en lo que hoy en día me impulsa como artista, analizando los estímulos que repercutieron en los procesos creativos durante la carrera y los factores previos a ella.

Presentaré tres capítulos que meticulosamente buscan desmenuzar las inquietudes centrales de mi obra. Cada uno está dividido a su vez por subtemas pertinentes al capítulo, la suma de cada uno de los fragmentos recoge las reflexiones intelectuales, emocionales y visuales de mi examen.

Las influencias de mi lugar de origen y la descripción del entorno donde me crie, dan sentido al primer capítulo. Habla sobre la incesante observación del flujo natural de los componentes y personajes de mi hogar y como de alguna manera nacen mis intereses.

Posteriormente el enfoque se orienta en el reconocimiento del poderoso peso biográfico, narra las escenas que están marcadas más que nada por la fuerte y comprometedor relación con la naturaleza. Al igual que todos, las vivencias de mi niñez y adolescencia fueron molduras importantísimas. Las que serán mencionadas en el texto son las que cuentan primeros acercamientos con fuerzas más grandes y los aprendizajes que dejaron en mí.

Le sigue un desarrollo de los temas anteriores, que poco a poco los digiere para explicar de qué manera se transformaron en los cimientos de mis intereses y cómo fueron punto de partida de todas las dudas e interrogantes trascendentales en mi trabajo.

El tercer capítulo es responsable básicamente de explicar y describir lo que nutre a la obra y lo que busca. Profundizando en las aspiraciones artísticas y técnicas, y como ellas quieren aludir a ciertas interpretaciones o sensaciones.

Enfrento este intenso momento de mi vida sabiendo que el barro con el que he cubierto mi piel aun me protege. Encaro esta etapa resolutoria con las promesas de mi familia en las manos, gritando mi nombre, sentado sobre el lomo de un caballo que cabalga directo a lo que me espere.

Este texto soy yo.

I

Viento

Me crie en un cañón andino al suroeste de la Región Metropolitana, un lugar donde los cerros encajonan el río Maipo. Criarse aquí significa tantas cosas que no es fácil plasmarlas en un escrito, lo que creo que lo vuelve un origen especial, solo en escasas ocasiones he escuchado a alguien hablar sobre un lugar con tantos sentimientos encontrados.

Todos los lugares tienen su personalidad, tienen maneras diferentes de ser, son así simplemente porque fluyen y parece que no se dieran cuenta. La geografía, el clima, la flora, la fauna y las personas coexisten y obedecen a sus necesidades, guiando sus vidas según lo que demanda su entorno y también alterando lo que los rodea. Las relaciones entre estos factores son lo que empiezan a generar la identidad del lugar, y en el paisaje, en las rocas, en las superficies y profundidades está escrito su pasado.

La cercanía de los cerros y los árboles son parte del cotidiano, es un paisaje hermoso, pero el gris de las rocas y sus grietas lo dotan de rusticidad, en los sectores más indómitos, la intervención humana parece imperceptible y sale a la luz la verdadera naturaleza.

Al adentrarse en esos rincones, desaparecen los grandes árboles y las flores son cada vez más pequeñas, los colores que predominan son los de los minerales de las montañas y parece que no hay nada vivo, que es un lugar demasiado hostil para sustentar animales, solo estas tú y el horizonte recortado por las crestas de los cerros, hasta que salen a dar la bienvenida las aves que se criaron en paz y confían en tu presencia. Entonces empiezas a poner atención y

descubres toda la vida que se desenvuelve junto a tus pies, como cada piedra del suelo es refugio de los insectos y culebras. Después de seguir caminando y perdiéndote puedes volcar la vista al cielo y ver a los grandes cóndores y si tienes suerte tal vez, descubras algún zorro o liebre espiándote.

La abundante flora es hija del rigor, solo crece lo que esté dispuesto a acostumbrarse a resistir la nieve y la helada durante el duro y frío del invierno, y en el verano, la sequía y el incesante sol, que junto a una colilla o vidrio terminan por incendiar cerros enteros.

Los animales que más hay son justamente quienes hicieron de su alimentación cotidiana lo que les ofrece el Cajón del Maipo, los que hicieron de su refugio la intemperie que en ocasiones se muestra cruda, los que gobiernan las alturas y la noche.

Los ancestros que han llamado hogar a este lugar son los que conocen y respetan al clima cuando se complica y lo disfrutan cuando les sonrío. Algunos aprendieron a aceptar la ayuda de los animales para abrigarse, para trabajar la tierra, para alimentarse o para cuidarse mutuamente. Las personas que viven aquí han sabido cómo hacer que la belleza de los cerros y el río sea quien pague sus cuentas, otras las pagan con la destreza que desarrollaron sus manos al hacer cultura, o extrayendo las riquezas de esta tierra. Los que viven aquí son reflejo de la vida a su alrededor, algunos tan duros y secos como los espinos que aguantan el calor, otros tan orgullosos como los fríos glaciares, o también desconfiados e inestables como los volcanes activos.

De alguna manera, creo que observando la naturaleza podemos entender a las personas. No me refiero a un análisis racional de causas y consecuencias que nos permita decretar con fundamentos claros y precisos, más bien, se trata de un proceso largo donde en algún momento nos parece que es evidente el vínculo entre el ser humano y su entorno.

De esas observaciones empiezan mis intereses, es lo que parece ser el origen de lo que hoy planteo como obra, tomar las características naturales y humanas y armar una imagen que narre sus misterios, sus mitos, aquellas historias que todos vivimos y que son muy difíciles de explicar, ese sin fin de cosas que no puedo decir o escribir son las que me hacen pintar, o intentar acercarme a ellas mediante la pintura.

Es posible sentir las rocas y palos en las manos, que, aunque estén lavadas de manera rigurosa, sabemos que ellas llevan los innumerables encuentros con la tierra. También cuando miramos a los ojos, podemos ver los indescritibles sentimientos que puedan provocar las maravillas y arrebatos del cielo, o cuando alguien habla con nosotros y nos damos cuenta que también ha hablado sin usar las palabras con otros seres vivos, parece que escucháramos en su voz el silencio que ha guardado para no perturbar a los pajaritos.

*Brindo por la hembra
brava, que es orgullo de
esta tierra por la inocencia
que encierra en su desnudez
de esclava.*

*Por su majestuoso
porte y su blanquísimo
pecho su amor fatídico
lecho del tímido que la
ignora
que en sus brazos gime y
llora y de angustia desespera.*

*Brindo por los placeres del
que sabe conquistarla, del
que sabe que de amarla es
morir cuando ella quiera.*

*Y es placer de los audaces
el gozarla en sus entrañas,
y es un amor que no daña
el deslizarse por sus
flancos o por su vientre
blanco.*

¡Brindo... por la montaña!

Brindis a la Montaña. (s.f.). Recuperado 7 diciembre, 2018, de
<http://www.mundopoesia.com/foros/temas/brindis-a-la-montana.79616/>

Cachorro

Mis papás se asentaron en lo que aun llamamos hogar en el año 1994, mientras terminaban sus estudios trabajaban la arcilla con mi abuela paterna, eran lo que llaman *hippies*, ya que su realidad era bastante austera, pero muy feliz. Un año después lograron establecer el acceso a agua y electricidad, entonces se casaron y encontraron trabajo como profesores. Ahí nací yo, no nos faltaba nada, pero tampoco sobraba, con las necesidades básicas cubiertas la familia seguía una vida simple y lo más alejada posible del sistema o de las comodidades de la modernidad y así permaneció hasta que mi madre me encontró un piojo en el pelo.

Mi niñez se desarrolló en el pueblo El Manzano, en ese momento estaba mucho menos poblado y casi no pavimentado. Vivía con mis padres y mi abuela, quien desde temprano estuvo muy presente en mi vida y lo ha estado hasta el día de hoy. Antes de que aprendiera a leer me contaba fantásticas historias en su pieza, tomando leche con huevo en compañía de algún perro, yo escuchaba atentamente mientras miraba las runas y símbolos pintados en el techo sobre su cama, para mí ella era y sigue siendo una bruja de las buenas.

Otras tardes las pasamos viendo películas en VHS las cuales no eran muchas, pero a mí me bastaba con poco, ya que las que me gustaban las vi docenas de veces. Tal era el caso de una película antiquísima en que Perseo se enfrentaba a distintas bestias y deidades, yo alucinaba con las escenas en que el héroe griego volaba montando su Pegaso o cuando debía visitar la guarida de la medusa para decapitarla.

De niño era tranquilo, aprendí a hablar ya grande, pasado el tiempo empecé a establecer una relación con lo que eran mis entretenimientos, el cielo, los perros, y árboles se alimentaban de mi imaginación para reinterpretar los personajes de los relatos que aprendía e incluso para vivir en carne propia nuevas historias. Con herramientas como rastrillos o cabritas enfrentaba dragones gigantes que se veían reales hasta que alguien me pillaba

destrozando los cactus de mi abuela o rompiendo las cortezas de los almendros, entonces me enseñaron a ver las heridas de los árboles y que el daño que les hacía era mucho más real que los dragones con los que peleaba.

Tengo muchos recuerdos así, recuerdos muy antiguos y tan potentes que los almaceno como pilares esenciales, algunos de ellos me dejaron algún tipo de aprendizaje, no sabría definir bien que fue lo que aprendí o lo que experimenté, pero siempre estarán ahí, como cuando tuve ya la conciencia para preguntarme qué es un trueno, una noche de tormenta, un estruendo desconocido me despertó, y siguió otro y otro. Yo no sabía que era y busqué explicación, pensé que era el cerro que se derrumbaba y las rocas rodaban y chocaban entre sí, luego mi papá para tranquilizarme me habló del dios del trueno y que los relámpagos eran los destellos de su martillo.

La primera vez que toqué una chispa, fue durante una fogata nocturna en que salió del fuego una pequeña luz mientras los palos se desmoronaban, yo la seguí y cuando bajó del aire acerqué mi dedo y ella me mordió.

La niñez en el mundo rural sin duda me ayudó a tener una vida reflexiva y espiritual rica, me empapó de la relación entre las personas y la naturaleza, de ver al viento, al río o al fuego como un ser con vida y a apreciar a los elementos del cielo como presagios.

Espíritu en celo

Con la adolescencia mis aprendizajes los encontraba ya no en la simpleza y en la paz. Algo dentro mío me impulsaba a buscar algo más allá, fue ahí donde encontré algunos límites y quiebres, desde brazos hinchados por mordeduras de culebra a reflexivas caminatas bajo la lluvia y el fuerte granizo.

Hasta no hace mucho, de mi interior brotaban instintos que me impulsaron repetidas noches a meterme en potreros ajenos para cabalgar donde los caballos sin montura ni riendas querían llevarme. En las mejores ocasiones descubrí vínculos y sensaciones que ni siquiera intentaré describir y en otras encontré el aprendizaje entre el barro y la sangre.

Con dificultad me acerqué a la templanza para aceptar la cercanía de la muerte. Cuando llegó el momento de quitarle la vida a un pez para aprovechar su carne, a privarlo de su libertad respetuosamente o en los duros momentos que desgraciadamente han sido muchos, en que hay que “hacer guata” y enterrar algún animal muerto, ya sea por cariño o por la pleitesía que merece para darle una muerte digna, siendo consiente que su olor o su cuerpo inerte se quedaran en tu mente mucho tiempo.

Así entendí que las experiencias podían dividirse entre buenas y malas, y que también hay vivencias que solo son aventuras.

Sin embargo, creo que lo que ha sellado el pacto irrenunciable entre mi espíritu y el Cajón del Maipo no ha sido causa solamente de los años que he vivido acá, hay años que la mayoría del tiempo mantengo en secreto, una preadolescencia en Santiago, ese tiempo me mostró la necesidad de volver a mi hábitat y ahí encontrarme conmigo mismo.

Las leyendas, los relatos, las supersticiones y la naturaleza, me fueron mucho más cercanos que cualquier religión. Me acostumbré a su carácter oral, así que tampoco fui cercano a la lectura, por lo que nunca tuve ni tengo mucho interés por el mundo intelectual, los eruditos o civilizados en general, salvo algunos pequeños escritos o pensamientos de personajes de la antigüedad de los que me declaro derechamente ignorante. Mis criterios éticos o valóricos con los que veo la vida se han basado en conversaciones y más que nada de las mismas vivencias.

II

Hablando del diablo

Cerca de los 10 años de edad, una tarde mi abuela, “la Rusia”, me pidió que hiciera un dibujo de “la pata del diablo”. Para mí, la historia sonaba familiar, pero ese día ella sacó un papel y me leyó detenidamente la leyenda de José, un hombre que recorría los cerros en busca de alimentos, algunas raíces o con suerte alguna liebre para llevar a su familia en una época en que se vivía una terrible sequía. Aunque el día se acababa, no abandonó su búsqueda, entonces cayó la noche y José desesperado por no poder encontrar la senda para regresar, tropezó y rodó hacia una cueva, se quedó adolorido en el suelo, rendido e impotente empezó a llorar, entonces divisó un tenue brillo en la oscuridad. En ese momento, cesó su llanto al darse cuenta que era la húmeda piel de una culebra que se acercaba lentamente. De pronto se alzó una voz: “Hola José, ¿qué haces aquí a estas horas? “El hombre aterrado solo pudo tartamudear, pero la serpiente no dejó de avanzar ni de hablarle, José le contó de su situación, de la pobreza en que se hundía el pueblo y las necesidades de su familia, el misterioso animal lo escuchaba con atención y le propuso un trato, le dijo que volviera a la noche siguiente y que entonces encontrarían la solución a todo lo que le atormentaba y además le daría toda la riqueza con la que podría soñar.

Durante todo el día, no dejó de pensar en la propuesta de la culebra. Si habría sido un sueño o quizá la mejor chance para tener todo lo que anhelaba. Cuando salió la luna, José se puso su chaqueta y emprendió el camino hacia el cerro, una vez ahí espero hasta la hora acordada y sin un segundo de tardanza el olor a azufre se apoderó del lugar, entonces apareció un hombre con una manta negra y un sombrero. Le acompañaban dos perros bravos, de sus ojos saltaban chispas y de su boca goteaba sangre, era el mismísimo diablo quien venía a ofrecerle un trato. Le ofreció cincuenta años de lo que deseara a cambio de su alma. El hombre no menospreciaba el precio, pero su avaricia fue más grande y extendió su

mano, el demonio le hizo un corte y puso su lengua en la herida como una brasa hirviendo para terminar el pacto.

Pasó el tiempo y don José era dueño de ricas tierras e incontable ganado y vivía plácidamente en una gran casa junto a un puente que cruzaba el río de lado a lado. Disfrutó cada día de los buenos años, pero ya era momento de pagar, entonces antes de resignarse a entregar su alma al fuego eterno, empezó a desarmar el puente que había pedido, palo por palo, y clavó pequeñas cruces venditas. Cuando el diablo apareció al otro lado del río, don José empezó a rezar. “Ya pasaron cincuenta años, ahora te vienes conmigo”, José respiró hondo y se negó, gritando le explicaba que el trato no se había cumplido del todo porque el puente estaba desecho. El demonio enfurecido dio un salto y se dispuso a rearmarlo rápidamente, pero se pinchó las patas con las cruces, le siguieron varios intentos, pero todo fue inútil, la bestia empezó a crecer y a lanzar grandes llamaradas, se fue corriendo humillado y estruendosamente golpeó con su pie una roca para treparse por el cerro, desde entonces a ese puente le llaman “el puente de la pata del diablo” porque esta frente a la piedra donde está marcada su pata, la furia de Lucifer vencido ante el ingenio del hombre.

A esa leyenda, le siguieron muchas más y distintas versiones. Historias sobre el amor y el desamor, maldiciones y fantasmas, cada una con su respectivo dibujo. Mi abuela desarrollaba un proyecto maravilloso, recopiló leyendas y relatos del Cajón, que junto a ilustraciones de alumnos de colegios cercanos terminó por armar un libro.

Las leyendas se descuelgan de los muros de las creencias, de los cimientos de la moral, de los temores y pensamientos más profundos del ser humano. ¿Has escuchado de almas en pena, del diablo, de las maldiciones? Son historias muy simples, sin embargo, a medida que las oímos, sin darnos cuenta, aparecen ante nuestros ojos las grandes interrogantes que han acompañado al hombre hasta nuestros días. En las leyendas está latente el enigma de la muerte, de la vida en el más allá, los conflictos íntimos de la conciencia, los arrebatos de la carne y de los instintos, los límites de las pasiones y de la ambición, la presencia del ser

abandonado por su destino.

Por ese mismo tiempo, mi abuela y yo participamos en algo que llaman Cuasimodo, yo ignoraba totalmente de que trataba. Por alguna razón mi mamá adornó mi bicicleta como un árbol de pascua y en la parte de adelante le pegó una foto del papa Juan Pablo II que encontró en alguna parte y me puso un pañuelo blanco con una cruz dibujada en la cabeza. Cuando llegamos al puente del Manzano, nos unimos a una caravana de gente que montaban caballos y bicicletas. En mi pueblo, como en otros sectores rurales de Chile, aún se celebra el Cuasimodo recordando a los jinetes que acompañaban y protegían a los curas de los bandidos cuando se dirigían a lugares alejados en el campo, para darles la comunión y la extremaunción a los enfermos.

Sin darme cuenta comencé a construir una biblioteca personal, una biblioteca sin libros, pero llena de momentos, de leyendas y relatos, llena del patrimonio inmaterial y de la cultura popular de mi tierra.

Libre de trampas y maleficios

Mientras crecemos, comenzamos a conocer las intrigas que nos acompañarán en nuestra vida, comenzamos lentamente a entender y a cuestionar todo lo que nos rodea, la sociedad, los sistemas, empezamos a interesarnos y a hacernos simpatizantes o reacios a cómo funcionan algunas cosas. Cuando crecemos analizamos, y nos interiorizamos hasta dominar lo que ignorábamos. Sin embargo, muchas de las interrogantes más complicadas de satisfacer son las que no pertenecen a el mundo exterior, sino al interior, ¿Qué es el alma?, ¿A qué le tenemos miedo?, ¿Qué es el amor? ¿Qué es la muerte?

La religión (para mi) básicamente parece explicar nuestro origen y definir lo que nos espera más allá de lo que podemos ver, secretos revelados, conocimientos tan poderosos capaces de establecer valores y conductas en las personas, pues ya conocen lo desconocido. Eligieron creer y ser devotos de esas verdades, dotados de tranquilidad y conformidad, su miedo a lo que no pueden explicar es combatido con fe, fe en la palabra de su Dios.

Cuando la Iglesia oficial sigue siendo insuficiente para sus seguidores, cuando de alguna forma u otra le da la espalda a las minorías o simplemente se genera un mestizaje cultural, entonces surgen devociones de las periferias con las que las personas pueden identificarse, muchas veces se cruzan con antiguos cultos como la santería o antiguas creencias.

Existen deidades o entidades de la religiosidad popular que no están reconocidas por la institución de la Iglesia, pero que en ocasiones parecen indispensables para la gente. Al investigar, descubrí a Jesús Malverde, conocido como el santo mexicano de los narcos y los criminales. Su historia remite a una especie de Robín Hood que nació en la pobreza. Su conciencia social lo impulsó a ser enemigo de la ley y un héroe para la gente necesitada. Malverde murió por un balazo que se gangrenó en su pierna, pero antes de morir pidió a sus

amigos que lo entregaran a la policía para así cobrar la recompensa y repartirla en el pueblo, desde entonces se le adora y se le pide ayuda.

Lo mismo pasa con la santísima muerte, su gracia responde a la única certeza que tenemos, es de un poder tan puro que, aunque exista una cuota innegable de temor, sus seguidores le respetan y quieren hasta el punto de llamarla niña blanca, mi niña o la flaquita. Tal es su fuerza, que a ella le piden protección contra las malas energías y maleficios, también se le reza por dinero, amor, salud y por las causas imposibles.

Las preguntas que nos atormentan a veces guían nuestra vida y nuestra muerte, el ejercicio de intentar responderlas nos lleva a crear o a seguir a quien nos ofrezca lo que más nos tranquilice. Son pactos que se pagan con devoción y obediencia, a veces incluso con amor.

La muerte y las cosas en contra quizá son lo que nos hacen buscar protección con la más alta intensidad. La mayoría de los santos o creencias ofrecen librar de todo mal a los puros y arrepentidos, a los obedientes y a los que no se cuestionan, pero ¿Qué pasa con los demás?

Los que no son hijos favoritos de Dios, los pecadores, o los que no estamos bautizados también necesitamos atención, diablos perdedores como nosotros son nuestros ángeles de la guarda, nuestras supersticiones y los anti héroes que son apartados igual que sus seguidores son los que nos libran de trampas y males.

Una de las innumerables veces en que he buscado en que confiar, me topé con un pequeño extracto de un rezo a la Santa Muerte, una plegaria que nunca he pronunciado para encomendarme, pero si me da consuelo “Piadosa muerte Santa Eres mi fortaleza de

protección Eres mi reina, mi madre. Esta noche vengo delante de ti Roto, golpeado, traicionado por mis llamados amigos y familiares. Poderosa Santa Muerte vengo ante ti en esta noche. Te imploro me mires con misericordia y te ruego escuches mi plegaria por tu ayuda en este momento [di tu petición]. Y te pido que me protejas de todos los peligros ocultos, ladrones, crimen, daño y maldad. Mi madre te pido que me protejas de todos aquellos con ojos de envidia, celos y odio...”

III

Forastero

Durante mi etapa académica he caminado por muchos caminos, diferentes por lo que quería encontrar en cada uno de ellos, o simplemente por el placer de perderme en el trayecto.

La carrera me llevó a diversas investigaciones temáticas y también técnicas, sus variaciones se produjeron por las exigencias de la carrera que tienen como fin lograr que el estudiante experimente y se eduque en numerosas ramas del arte. A esto se le sumó también un innegable proceso de madurez, no solo desde el aprendizaje, si no también personalmente al ir encontrando poco a poco lo que realmente me mueve.

En primera instancia me di cuenta de lo alejado que estaba de conocer el arte contemporáneo. Supongo que se debió a que el medio artístico no llega con tanta potencia a los espacios rurales en los que yo desenvolvía mi vida, y a que yo no había incorporado a mis actividades normales las visitas a galerías hasta entrar a estudiar.

El carácter gráfico de las habilidades que poseía al momento de ingresar a la escuela me convencían de que mi mención la desarrollaría como grabador, además que en ese taller daba rienda suelta al imaginario que aún no podía exteriorizar en los otros ramos. Un semestre después todo se volcó a la escultura, puesto que me interesaba de sobremanera poder crear con rusticidad, el uso de herramientas y la fuerza bruta aplicadas en el fierro y la madera.

Cuando cursaba el segundo año de carrera me interese por la pintura, más que nada por la

dinámica de sus entregas dobles, donde presentábamos un trabajo de bodegón o figura humana y además una obra de interés personal. Ese fue el primer acercamiento a un proyecto pictórico, en el investigue sobre las fuerzas de la naturaleza y el reino animal. Lo más interesante fue la búsqueda de un lenguaje que hablara de eso, la manipulación de pigmentos naturales y las conexiones primitivas de los artistas rupestres con su entorno. Creo que eso también fue la primera expresión o el primer vestigio de lo que mi obra es ahora.

Por alguna razón siempre me puse el pie forzado de intentar representar fielmente la realidad, a excepción de una breve etapa cubista, mis esfuerzos los orienté neciamente a encarcelar los conceptos que me intrigaban en la figura humana y el paisaje, atribuyendo rasgos, género y estéticas muy determinadas a instintos e ideas abstractas.

Durante años aspiré a ser un pintor capaz de domar los recursos pictóricos para capturar los olores, la suavidad de ciertas pieles y su olor, pero esa misma terquedad y las deficiencias técnicas de mis trabajos terminaron por abandonarme en una encrucijada. Entonces entendí que el mejor camino que podía elegir era seguir experimentando y buscar la verdadera naturaleza de lo que quería pintar y de la pintura en sí misma, una búsqueda enfocada ya no a resultados concretos.

Oculto bajo las hojas

Hace muchísimos años cayó un rayo del cielo, nuestros ancestros vieron su luz y escucharon su fuerte ruido por primera vez, estuvieron ante un poder insostenible y fundamentaron su existencia a base de su sensibilidad primitiva, así mismo, explicaron las marejadas, la maternidad y la presencia de los astros. Con el pasar de los siglos, la razón y la ciencia volvieron todo cuantificable, medible y explicable y hoy en día todos esos misterios están resueltos, pero, ¿qué pasa con lo que nos espera después de la muerte?, ¿qué es el alma?, los hombres y mujeres de ciencia pueden estudiar en nuestro cuerpo las repercusiones hormonales de nuestros sentimientos y emociones, pero, ¿pueden decirnos qué es el amor?

En algún momento escribí en un trabajo que el arte es una forma pura para saciar impulsos inexplicables, de decir lo que es imposible de pronunciar o escribir, sin embargo, me di cuenta que en el arte pueden estar presentes los misterios de nuestra alma, pero no los resuelve, no es la respuesta a nuestras inquietudes, más bien funciona como los mitos y las religiones, es la forma de lidiar con lo que no nos podemos explicar.

Me interesa volcar los recursos pictóricos al misterio, a la irracionalidad, a esas energías entre lo vital y lo letal, lo que han llamado fantasmas y dioses, pintar lo que llevamos dentro y lo que vive en el más allá en un formato envolvente. Lidiar con el origen de lo que no podemos explicar plasmándolo en una tela.

El ejercicio de intentar representar es clave para mí, a veces parece un gusto por empezar una pelea sin intenciones de ganar. Buscar de alguna manera una imagen que pueda expresar lo que con palabras me parece imposible.

El afán por dar forma a lo que no podemos ver. Incluso en algunos casos, atribuir características figurativas para enfrentar conceptos abstractos, haciendo referencias a la naturaleza. Supongo que las cosas que nos han sido familiares, sirven de ancla al aventurarse en un mar tormentoso.

Para mí, hoy en día pintar un cuadro es como acercarse poco a poco a un animal no domesticado que vive dentro nuestro, el cual en un principio parece un demonio, una bestia imposible de manejar, imposible de entender.

Esos animales son los que nos hacen humanos, en nuestra vida saltamos sobre sus lomos y los agarramos de los cuernos para guiarlos a nuestra voluntad, otras veces sus hocicos nos capturan a nosotros, sin embargo, para pintar lo que significan no necesitamos vencerlos. Dependiendo del misterio que encarnen, podemos simplemente aprender a relacionarnos con ellos, teniendo presente que son criaturas libres, podemos dejar que se acostumbren a nuestra presencia y a nuestro olor.

Eso pienso cuando las obras quieren llevar esas cargas, que nunca podremos clavar la piel de esos animales en los bastidores. Solo podemos contar una versión de lo que son, o lo que hemos experimentado con ellos.

Sin embargo, no quiero marginar a alguien del vuelo libre de su interpretación, que nadie se sienta ignorante por no entender lo que ve, o por no tener idea de lo que represente. Me intriga lo que la pintura pueda revelar en la otra persona y lo que la persona pueda descifrar en la obra más allá de lo que el artista pretenda, por eso pienso que la función del arte muchas veces es hacernos pensar, pero creo que su esencia es hacernos sentir. Una lectura sensorial y emocional más que política o intelectual.

Así también pasa con la pintura, ya no pretendo esconderla bajo una imagen realista como la de una fotografía, planeo nada más dejar fluir su naturaleza, sin manipular de sobre manera las aguadas y empastes para llegar a un resultado controlado.

El arte da cabida no solo a lo que el artista ve exteriormente en las cosas o en los hechos, también está presente lo que no es observable, reconocible, tangible, palpable, es la presencia del mundo interior, las sustancias invisibles.

“los fantasmas existen, eso lo sé. Hay cosas que los atan a un lugar como nos atan a nosotros, algunos se mantienen atados a un terreno, a un tiempo, y a una fecha, a sangre derramada, a un crimen espantoso. Pero hay otros que se aferran a una emoción, aun impulso, a una perdida, a la venganza o al amor... estos nunca se van.”

Del Toro, G .(Director).(2015). *La Cumbre Escarlata* [película]. E.E.U.U.. Legendary pictures

Conclusión

La misión de este escrito es fundamentar mis pinturas, explicar de dónde vienen y por qué son así. ¿Por qué no la geometría?

En ese proceso me di cuenta que para hablar de mi obra, debía explicarme quien soy yo, ver mi pasado y mi presente. Esta muestra es un trabajo importante para mí, es con lo que me despido de la universidad, para entender su naturaleza debí entenderme a mí mismo, los colores y la manera de ponerlos en la tela.

En este examen presento un círculo vicioso, una trinidad compuesta por mí, el texto y los cuadros. Dejando desnudos mis secretos.

Esta investigación solo me lleva a bifurcaciones para perderse artísticamente, para seguir haciéndome más preguntas sin esperar respuestas. No me llevo nada concreto con que pueda concluir, creo que lo que puede entenderse como conclusión son las ideas más masticadas, lo aprendido de la misma vida y de la muerte, aunque ambos siguen siendo un misterio.

Creo que lo que nutre a las obras más profundamente, aquello más escondido en ellas, son aquellas cosas que nos cuestan, que nos dañan, nuestros secretos. Vemos superficialmente el color, la forma y la textura, esas cosas que le dan cuerpo a la pintura, pero en su espíritu está oculta su fuerza.

Las animas que solo viven en mi mente y que se alimentan de mis pesadillas, del miedo al sufrimiento de mi gente y mi de tierra, al acecho de la muerte, el temor de mi corazón por romperse, a quedarse sin fuerzas para pelear, a no ser capaz, a no ser suficiente, a la soledad, a la desesperanza, a no ser feliz. Me gustaría decir que el miedo al futuro hace que me aferre al presente, pero quizá solo hace que me aferre con fuerza al pasado.

Una parte del ser humano es inventar formas de engañarnos para poder vivir, para poder sobrellevar las cosas que menos entendemos y que más tememos, para poder lidiar con nosotros mismos.

Por eso creo en los fantasmas del pasado y el futuro, en las maldiciones de nuestro dolor, creo en los demonios y ángeles de nuestra mente. En las jaurías de animales que nos traicionan, en los enemigos que nos persiguen y las montañas que nos protegen. Creo en el amor, y que trasciende a las fuerzas del bien y el mal, creo en la buena y la mala suerte, en la voluntad, en intentar mirar a la vida a los ojos y creo que el fuego está vivo.

Bibliografía

- Hemingway, E. (1952). *El viejo y el mar*. Bohemia, Republica Checa: Charles Scribner's Sons.
- Thoreau, H.D. (1854). *Walden, la vida en los bosques*, Boston, Estados Unidos: Grupo Editorial Tomo
- Tsunetomo, Y. (1716). *Hagakure*. Dojo ediciones.
- Anónimo.(s.f.). *Brindis a la Montaña*. (s.f.). Recuperado de <http://www.mundopoesia.com/foros/temas/brindis-a-la-montana.79616/RAE>. (s.f.).

